



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Octubre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 *
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y republicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 *

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

NÚM. 18.

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—Influencia femenina, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Poesías: Á la niña María Feijóo, por ERMELINDA DE ORMAECHE.—Á mi madre, por E. J. VARONA.—Romance oriental, por HADJI TCHELEBY.—Letrilla, por J. MORENO CASTELLÓ.—Ventura en la tierra, por J. TEJON y RODRIGUEZ.—La Federacion científica y literaria, por CRISTÓBAL GONZALEZ DE SOTO.—La luz misteriosa, por FERNANDO ARAUJO.—Un carmelita, (conclusion), por J. M. GOMEZ COLON.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

IX.

LA MALEDICENCIA.

RUMORES de tempestad preceden al rayo destructor: zumbidos del insecto á la picadura del aguijon: rumores sordos de lenguas maldicientes al golpe tenebroso, pero mortal, de la calumnia. Dardo y lazo á la vez, tiene ésta de infame lo que tiene de alebrosa, y de temible lo que tiene de incurable. Sierpe tan venenosa procede de una generacion asquerosa y horrible; asquerosa por lo hipócrita y horrible por lo satánica.

Como aspid entre rosas que muerde el labio que las acaricia ó envenena el aroma que en ellas se aspira, la *maldicencia* nace y se desenvuelve al calor del hogar doméstico y con el pasto del trato social; se nutre con el amor de los parientes, se cubre con las dulzuras de la amistad, del compañerismo, de la vecindad, y se ejercita mañosamente, como reptil que se arrastra entre flores, mezclándose y deslizándose entre frases amables, artificiosos elogios y arteras lisonjas.

La *maldicencia* tiene su fundamento en la malevolencia; porque sólo se habla mal de quien no se quiere bien: y como cuando no se nos ha hecho daño no hay razon para odiar, y como el deber nos manda compadecer y perdonar al enemigo y nos prohíbe volver mal por mal, resulta que la malquerencia suele explicarse ó por espíritu de venganza, y no

deja de ser ruin y cobarde, ó por impulso de la envidia y entónces es miserable é infame.

Resulta, además, que el maldecir no tiene explicacion posible; lo que es disculpa, jamás. Obsérvese como no se la busca ni el mismo maldiciente; porque si éste es cogido en delito innegable de murmuracion, ó protesta de que fuera el inventor, ó rechaza el propósito cruel que se le atribuye; mas en modo alguno intenta justificar su pecado.

No hay confusion mayor que la del maldiciente, cuando se ve convicto y reprendido; ni recursos más admirables que los que despliega para dar otro giro á la conversacion en el momento en que vé que no puede sincerarse.

Por otra parte, si el maldiciente ha de circular sin frecuentes tropiezos y si la sociedad ha de aceptarle, á pesar de conocer su perversa costumbre, es preciso que se halle adornado de una multitud de condiciones que no dejan de ser difíciles de reunir y dignas en cierto modo de admiracion. Talento, memoria, ingenio, gracia, finura y sutileza, trato de gentes y conocimiento del mundo, dominio de sí, travesura y hábitos de mentir. En algunos raros casos se requiere sangre fria, descaro y valor, cuando se está dispuesto á llevar al último extremo la murmuracion y á arrostrar todas las consecuencias de la calumnia; mas esto sucede pocas veces, porque el murmurador es cobarde, puesto que ningún espíritu valeroso hiere por la espalda ni sobre seguro, arrojando sobre la víctima ausente tintas de la adulacion y del falso elogio, como puntos brillantes para que se destaquen con mayor viveza las sombras que van á extenderse en torno de la víctima.

Espíritu tan taimado é intencion tan nociva, fórmanse en el hogar doméstico, no ya á favor de la impunidad en que deja la educacion descuidada esas primeras gracias del maldiciente; sino con el ejemplo que ofrecen de continuo los padres y los amigos murmuradores. Un hogar abierto al trato, es á manera de espuerta preparada para recibir ajenas inmundicias; sino le defiende la moral, sino le engalana la urbanidad, sino le embellece

el culto de la caridad y del amor al prójimo, sino se cultivan en él, en fin, virtudes de la compasion generosa, del perdon sincero, de la dignidad propia, de la religiosidad que debe inspirar el hogar, de todas partes vendrán gentes, con la sonrisa y el beso en los labios y con el diamante y la blonda en el pecho, á manchar el estrado con la baba de la murmuracion y á emponzoñar el ambiente de incienso ó de cielo que se debe respirar bajo el techo familiar, con los gases deletéreos de la traicion y de la mentira.

Murmurando se vá la visita, murmurando se quedan los padres; y este zumbido de venenosos insectos, lo perciben los hijos, se les puede convertir en música deliciosa, cuando no en melodía habitual que no impida reir de la desdicha ajena ni cantar epigramas contra el amigo y el vecino, y concluir por hacer coro con los padres contra los extraños, y con los criados contra los padres.

No queremos creer que haya entre los misteriosos senos del corazon humano uno henchido con el miserable pesar por el bien ajeno y la mezquina complacencia en el mal del prójimo: si alguna tendencia hácia lo malo se nota en el alma naciente, preciso es creer, para no hacer ofensa á la naturaleza ni á Dios, que hay en ello un virus hereditario y un sello fatal de familia: por tanto, hemos de suponer que la *maldicencia* encuentra su desarrollo en vicios de educacion, en vacíos que deja el descuido paternal, en ejemplos lanzados imprudentemente á la vista del niño, ó en graves faltas cometidas en honor del ingenio ó del chiste del pequeño maldiciente, por los que se hallan obligados á atajar la murmuracion en los esbozos de la burla y la calumnia en los delineamientos de la inventiva y la agudeza.

Nuestra tendencia á reir, que quizás se explica por la avidez conque acepta el gozo el espíritu que se debate generalmente bajo el yugo del dolor, nos lleva á tolerar y aún á aplaudir una crítica que se dá envuelta en la sal de la gracia y en la pimienta del epigrama. El amor materno ve ántes la precocidad

del niño, su viva imaginación y su chispeante ingenio, que su funesta malicia, su cruel alevosía y su pequeña traición: en gracia de aquellas cualidades, perdona estas faltas cuando las vé; y el vicio crece, así favorecido por la impunidad, cuando no está ayudado por la monstruosa cooperación de los padres; y el primer peldaño de la terrible escala conduce al segundo, y éste al tercero, y así hasta el último, en el cual se halla, difamador y delincuente, el que en un principio era no más que burlon y decidor.

Lo que en el hogar pasa, acontece también en la sociedad: la crítica es comidilla frecuente y el chiste mágica llave que abre al maldiciente las puertas del trato social. Sigue todavía más pronunciada la afición á reír en el mundo; y cuando se escuchan carcajadas en un corro, bien puede asegurarse que hay alguna víctima ausente; porque nadie rie tanto de sí mismo, ni asunto hay propio que pueda causarnos tanta novedad ni tanta gracia. Si es anécdota nuestra, seguramente jugamos en ella el mejor papel: los aplausos de la admiración son para nosotros; mas las risas del ridículo para alguien que no figura en el auditorio.

Y como generalmente sucede que para que unos rían es preciso que otros lloren, porque el hombre no ha encontrado otro modo de realizar el equilibrio del corazón, la carcajada suele recaer sobre una reputación en pedazos ó una honra en jirones, y el gozo es á manera de danza de diablos en torno de la hoguera en que se abraza el honor de un infeliz.

Hay además una ley que ha demostrado la experiencia: cuando los brazos están quietos, la lengua suele desplegar una actividad asombrosa; y como entónces no se puede hablar del trabajo de mano, de la obra artística, de la especulación llevada á cabo, del negocio emprendido, de la labor realizada en el campo, de la industria ensayada en la fábrica ni del libro ó el escrito compuestos durante la vigilia, la lengua se desliza sobre los empleos de la ociosidad, las hazañas del vicio, las empresas de la osadía ó las distracciones del aburrimiento, cosas todas que hacen reír á muchos y que podrían hacer llorar á alguien si las escuchara desde un rinconcillo.

Puñal que se afila en la infamia, el uso lo aguza en sociedad, y lengua que muerde al besar en la cara, pincha, taladra ó envenena en el café ó el casino.

Unid la envidia y tendreis la piedra en que recibe filo: agregad la hipocresía y tendreis la lengua convertida en aguja: llega al corazón y no deja cicatriz.

Poned por otro lado la indiferencia social, y el hielo del corazón os explicará el placer con que se calienta la gente en la hoguera de la murmuración; y añadid ese fastidio que inspiran las virtudes, como reconvenciones vivas y constantes para el vicioso, y entenderéis el deleite con que se derrocan los ídolos del crédito, y la impiedad con que se tiran piedras contra las estatuas del pudor, de la justicia y de la honradez.

Un doble concepto ofrece la maledicencia que la hace peligrosísima y sensible: primero su generalidad; porque desde la mujer al hombre y desde el niño al anciano, todos la ejercitan en mayor ó menor grado: ya lo hemos dicho; se adquiere en el hogar; nos hacen cormulgar con ella en la infancia y el mundo la acepta, la pide, la celebra y la ejercita con espantoso éxito á cada paso y por todas partes. Y segundo, puede hacerse de ella todo un arte: también lo hemos indicado: exige ingenio y gracia, primero: luego oportunidad y talento, y al fin valor ó descaro. Entre muchos que mienten, el que miente con más gracia se lleva la palma: entre murmuradores, el que se dá más traza y el que más fácilmente es creído, es aquel que tiene más

ilustración y más hipocresía: y en fin, de varios desolladores, el que imprime mayor carácter de veracidad á su impostura, es el que, cogido *in fraganti*, tiene la perversidad de provocar un duelo para sostener su calumnia, ó la vileza de sonreír ante el dolor de la mujer difamada ó del anciano deshonrado. El chiste agregado á la mentira, la hace más popular; el escándalo añadido á la calumnia, la hace más formidable; así como la hipocresía sirviéndole de forma, le presta una respetabilidad y una consistencia terribles y amenazadoras.

La maledicencia es vicio de mujer, y de mujer hipócrita y viciosa: esto es, es vicio de santurrona. Sólo parecen pocas las víctimas que ha sacrificado el hierro homicida, guiado por los rencores, las envidias y las ambiciones, cuando se las compara con las que ha hecho la lengua femenina movida por los celos, los resentimientos y las venganzas. Temible es una turba de ociosos maldicientes á la puerta de un casino; pero es espeluznante un grupo de beatas desolladoras á la puerta de una iglesia. Mejor es ver al hombre ébrio en la taberna ó encenagado sobre el tapete, que hallarle desocupado y pacífico en visita ó en tertulia con sus amigos; y mucho mejor es admirar á la bella de lejos en el palco del teatro ó saludarla sonriendo en el paseo, ó requerirla bailando en el salón, que hallarla en el estrado de nuestra propia casa, ó rodeada de amiguitas en el jubileo, ó en el balcón, buscando asunto para las conversaciones caseras en cada individuo que pasa por la calle.

Si no tuviera otras consecuencias el maldecir que la de trocar la mujer en monstruo, ya habría razón bastante para anatematizar ese vicio; mas como arranca del malquerer, ¿qué hemos de hacer con un corazón cerrado al trato social y á toda relación humana, falto de lealtad, de sinceridad, de honradez, de caridad y de verdad? ¿Cómo buscar en nido de reptiles bellas mariposas, ni entre punzantes cardos odoríferas violetas?

Los maldicientes no aman; no hay amigos ni amantes entre ellos: no hay, pues, esposos ni padres, compañeros ni hermanos: los maldicientes no estiman, ni honran; no podemos pasear con ellos, ni contratar, ni colocarnos nunca á su lado ni á su frente: los maldicientes no compadecen, ni defienden; no podemos confiarles un depósito, ni darles á guardar un secreto. Hay que barrerles del hogar y huirles en el mundo: ¿qué hacer? El arma que les dió el Cielo para hacerles francos y comunicativos, mentores y consejeros, auxiliares y co-participes de la vida, se ha trocado en máquina de crueldades y engaños, seducciones y difamación: ni aún siquiera se les puede compadecer; ni aún siquiera se les puede curar. Tampoco el mundo compadece á sus víctimas; tampoco el calumniador cura la herida que abre.

Clamar, clamar contra ellos; pelear, pelear sin descanso hasta desenmascararles, hasta hacer con justicia lo que ellos hacen con infamia: esto es, hasta difamarles: tal vez sea éste el único caso en que es lícito hacer un daño al malvado; porque con él se hace un bien á los demás y porque, revelando al hipócrita y descubriendo su impostura, se rinde culto á la verdad y se ejercita la justicia. No olvidemos que Jesús, sólo á los fariseos trató á disciplinazos: ¡mercaderes hipócritas que comerciáis torpemente con la calumnia vendiéndonos nuestro puesto en el mundo al precio de tristes lágrimas de desesperación, fuera, fuera de ese templo que se llam ahogar, cuyo ambiente envenenais con vuestro aliento y cuyo estrado manchais con vuestro contacto! ¡Fuera, fuera de las gentes á quienes inducís á la injusticia y contaminais con vuestra infamia!

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

INFLUENCIA FEMENINA.

Es indudable esta influencia en todos los actos de la vida social, que son una consecuencia de la vida privada.

La mujer influye como poder moral, pero no á la manera que pretende que influya el filósofo Conte, el cual afirma que la filosofía y las mujeres forman unidas el poder espiritual, como órgano sistemático la primera y como fuente doméstica la segunda.

No, ese poder del hogar se desvanecería fuera de él si no existiera una idea que dá á ese poder vida propia, vida de sentimiento y de convicción.

No es bajo el reinado del racionalismo filosófico donde puede la mujer buscar poder, ni ensayar influencias.

Donde el sistema metódico y frío de una regla, de una razón, de un derecho, gobierne ó impere, la influencia de la mujer queda oscurecida, olvidada, y extinguida al fin.

El imperio de la mujer, su graciosa soberanía, su dulce influencia, sólo cabe en una sociedad que viva al calor de las virtudes religiosas, que guarde el sentimiento de lo bello, que practique el bien en sus diversas manifestaciones.

Jesucristo asoció á los dos sexos formando de la unión de ellos el ser perfecto, el ser completo, en el cual se unen la fuerza y la belleza, el sentimiento y la razón.

Y de esta unión, fuente de vida de la cual brotan las corrientes de la humanidad, parten también la influencia de la esposa, el poder de la madre, la convicción por el sentimiento de los seres que le son amados.

El hombre duda; su razón inquieta investiga siempre; su orgullo está dispuesto á escribir la palabra *imposible*, allí donde el análisis de su juicio no puede penetrar; la mujer ama y cree sin esfuerzo; su corazón templado más para sentir que para luchar, descansa en una dulce confianza, y esa confianza se transmite como convicción al pensamiento inquieto de su compañero; le incita, no á la investigación, sino al descanso; le habla, no de aclarar dudas, sino de vencerlas desechándolas.

Ella emplea para dictar sus leyes los más graciosos giros; convina los más armoniosos periodos; calcula los efectos; modula las palabras; busca símiles sencillos, afirmaciones extrañas, y uniendo á estos medios la ternura de su alma y la práctica del bien, logra llevar sus creencias, sus convicciones, al corazón que pone en contacto con el suyo, á la razón que sufre como un reflejo de calor suave la aproximación de su sentimiento.

No hay hombre ateo si está unido á una mujer creyente.

No hay hijo incrédulo, materialista, ni siquiera indiferente, si tiene una madre religiosa, digna y buena.

El recuerdo, el hecho, el ejemplo: he ahí las bases de la vida: he ahí la educación.

Imposible olvidar lo que va formando nuestro ser: el hombre en su vida vegetativa toma, como la planta, jugos y emanaciones de la atmósfera en que se desarrolla.

La vida intelectual tiene una correlación admirable con la material; la mujer puede sin esfuerzo elevarlas ambas, ó con un descuido culpable, embrutecer el cuerpo, empujando el alma.

Es ella, ella sola, la artista que moldea en el taller familia, la estatua del hombre público; es su mano débil y dulce la que imprime delicadeza y sentimiento en ese corazón viril que ha de ser más tarde un foco de encontradas pasiones; es su voz la que domina el tumultuoso latir de atrevidos pensamientos; es su recuerdo, es su ejemplo, el que graba en el alma del hombre máximas de virtud, de caridad, de fe, de honor y de hidalguía, que como un depósito sagrado le ofrece consuelos y esperanzas en todos los problemas de su vida.

El mundo á pesar de sus pequeñeces, no se paga generalmente de cosas pequeñas, y no debe serlo la influencia de la mujer en las sociedades, cuando así lo consignan y establecen, espíritus fuertes y prácticos, personas de autoridad indudable.

Lo que si creemos es que esa influencia no está bien

aprovechada ni convenientemente dirigida: como un manantial que extravía sus aguas, la influencia de la mujer apenas deja hoy muestras de su importancia en la vida de las sociedades, cuando podía y debía ser el alma de ellas.

Por una incomprensible apatía, la mujer abandona uno á uno sus derechos, y reservándose únicamente los necios privilegios de vanidad, que le halagan, y de orden doméstico, que no siempre utiliza, deja de ser el pensamiento de los que la aman, la inspiración, la conciencia de aquellas almas adheridas á la suya.

No piensa al obrar así en que ella puede hacer buenas mil causas que no lo parecen; puede honrar mil objetos desdeñados; puede levantar lo que no merece el desprecio, que real ó simulado se le significa; puede, en fin, volver por la verdad, por la justicia y el bien sin otro esfuerzo que la trasmisión lenta y constante de sus creencias, de sus convicciones, de sus esperanzas, á los seres que la rodean.

Cuanto puestos hay en la escala de la vida pública, brillantes los unos, modestos los otros, de peligro aquellos, de abnegación éstos, pueden ser enaltecidos, pueden formar eslabón en la ancha cadena del bien de todos, si son practicados con el deseo de honrarlos más que de honrarse con ellos, y sólo piensa en esto el que por sus sentimientos, por su educación, por sus acciones, se encuentra, por sí mismo, digno de toda consideración y de todo respeto; sólo piensa así, y así obra, el que, bajo la dulce influencia de una mujer amada, ha sentido brotar en sus impresiones la noción del deber, y por consiguiente de la virtud que obliga á cumplirlo.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Á LA NIÑA MARÍA ASUNCION FEIJÓO Y RUBIO.

Ángel que al suelo descendes
Entre arrullos y sonrisas
Á ser nuncio de ventura
De bienandanza y de dicha:

En cuya frente se quiebra,
Como una blanda caricia,
El primer fulgor suave
Que el Sol de Mayo te envía;

En cuyos labios de rosa
—Dó juega pura sonrisa—
El tibio aliento de Flora
Balsámico y dulce espira;

Para quien teje guirnaldas
Con sus flores peregrinas
La misteriosa deidad
Que en los vergeles domina;

Para quien lanzan al viento
Melódicas armonías
Los trovadores alados
Desde la fronda sombría...

Mensajera celestial
De inefables alegrías,
Que inundan los corazones
De los que te dieron vida...

Símbolo de su esperanza...
Ángel bello... hermosa niña...
¡Bien haya el genio benéfico
Que tus destinos presida!

Apénas la luz del mundo
Tu puro rostro ilumina,
Que ya á tus plantas se postra
La felicidad sumisa.

Ofreciéndote formar
Con sus alas nacarinas
Un escudo inquebrantable
Do el mal embote sus iras.

Y cubrir con él tu alma,
Hermosa como sencilla,
Para que el dolor más leve
No llegue jamás á herirla;

Ella crea en torno tuyo
Atmósfera de delicias,
Que tus cariñosos padres
Ebrios de placer aspiran.

Do quiera vuelvas los ojos,
Allí está, dichosa niña,
Contemplándote extasiada
Cual madre amante á su hija.

¡Ah! ¡Feliz, feliz mil veces
Tú, cuya estrella propicia
Alumbra un Cielo sin nubes

Que azul y sereno brilla!

Yo bien quisiera arrancar
Á mi ya olvidada lira
Una canción dulce y tierna
En bellos conceptos rica:

Una canción inspirada,
Leda, armónica, sentida,
Acariciadora, suave
Efluvio del alma mía;

Y en ella, marcando el sello
De mi amor, niña querida,
Celebrar tu fausta suerte
Y tus gracias infinitas.

Pero... ¡no puedo!... ¡No puedo!...
Sus cuerdas entumecidas
Por el dolor ¡ay! y húmedas
Por las lágrimas, no vibran

Ha tiempo ya, ni una nota
De esas que el pecho electrizan
Y que el sentimiento embargan,
Y que la mente extasian....

Hoy mi lira ya no tiene
Para mí cual otros días,
Ni gemidos de amargura
Ni concientos de alegría.

Si lloro, impasible y muda
Mi llanto al ver no suspira;
Si tal vez río, su canto
No responde á mi sonrisa.

¡Quizás á oír nunca torne
La celestial armonía,
El indefinible encanto
De sus notas argentinas!...

¡Niña! Pues que no me es dado
Alzar mi voz indecisa
Y entonar un canto henchido
De belleza y poesía,

Deja que el trémulo labio
Eleve con fé sencilla
Ferviente plegaria al Cielo
Que el alma amante le envía;

Deja que á la Santa Virgen
Para tí, mi bien, le pida
Su bendición amorosa
Y su protección divina.

Si Ella mis ruegos acoge,
Seguiré en pos la dicha
Hasta el umbral del sepulcro
Desde el dintel de la vida.

ERMELINDA DE ORMAECHE.

Santander: 1878.

Á MI MADRE.

EN SUS DÍAS.

I.

Cual las nubes plomizas y apiñadas,
Que lentamente por los aires ruedan,
Sombrios pensamientos en mi frente
Palpables se condensan.

Como las gotas que á intervalos vierte
Un cielo abrasador sobre la tierra,
Una lágrima brota en mis pestañas,
Y mis mejillas quema.

¿Qué registran mis ojos? Horizonte,
En que reinan pugnando las tinieblas,
Erial inmenso, en que el Simoun levanta
Oleadas de arena.

Ni una fuente bullendo nos convida,
Ni un árbol protector sombra nos presta.
El desierto sin límites del mundo
Su desnudez ostenta.

Fragor confuso, cual rugido sordo,
En lo profundo retumbando suena,
De un mar hirviente, que en feroz embate
Se rompe entre las peñas.

Hombres y pueblos y naciones giran
En círculos, que círculos engendran.
Vértigos dá la soledad á mi alma,
Su inmensidad me ciega.

II.

El sudor congojoso de mis sienes
Enjuga mano tierna;

En un seno amoroso que me llama,
Reclino la cabeza.

Mis ojos fatigados al abrirse
Otros ojos encuentran,
Ojos dó brilla inextinguible y pura
Una llama serena;

Una luz apacible, que me envuelve,
Y al corazón penetra;
Una luz sonrosada, que en mi rostro
Rielando centellea.

En el confin del árido camino
El oasis se muestra:
La música atractiva de las palmas
Escúchase parlara.

Césped mullido, brisa perfumada,
Agua sonante y fresca;
Y una voz que en mi oído cual ninguna
Mansamente resuena.

Luminosos fantasmas sonrientes
Por los aires voltean;
El alma fascinada se reposa
De otra alma en la presencia.

III.

Entre la turba indiferente, paso
Cargado con mis penas.
Tú me tiendes los brazos si vacilo...
¡Madre, bendita seas!

E. J. VARONA.

Puerto Príncipe.

ROMANCE ORIENTAL.

En las orillas del Yantra
Conoció una tirnovesa,
Rubia como las mazoreas
Del maíz que el Yantra riega.
No hallé nunca en la Bulgaria
Una búlgara más bella,
Con mirar más seductor,
Con figura más esbelta,
Con talento más gracioso
Y con líneas más correctas.

Brazaletes y collares
De la industria de Venecia,
Ornan su cuello nevado
Y sus torneadas muñecas;
Protegen sus blancos piés
Sandalías de pita gruesas;
Corpiño azul semiabierto
Su seno mórbido vela;
Su corta falda descubre
Los contornos de sus piernas;
Dos bordados delantales
Ciñen cintura y caderas;
Defiende al cuerpo del frío
Fuerte sayo de bayeta,
Con suaves pieles por dentro
Labor prolija por fuera,
Ropas todas que mi búlgara
Tejió con su mano diestra.
Pero lo que tono imprime
Á tan singular belleza,
Más que los rayos al Sol,
Más que la cola al cometa,
Y que á la nave gallarda
Las espumas de su estela,
Son las por sobre sus hombros
Caidas, flotantes trenzas,
Superiores en el brillo

Al oro de la Siberia,
Formadas, tal vez, de Febo
Con las impalpables hebras.
¡Oh visión de mis visiones!
¡Oh mi linda tirnovesa!
No existe nada en Oriente
Que á tus trenzas prefiriera:
Ni de Kezanlik las rosas,
Ni de Kustendil las peras,
Ni de Pirot los tapices,
Ni de Anatolia las sedas,
Ni de Siria los naranjos,
Ni de Himeto las abejas,
Ni de Ayvalí los olivos,

Ni los frutos de Magnesia,
 Ni el *rahat lucum* de Sira,
 Ni los limones de Creta,
 Ni el *comandaris* de Chipre,
 Ni el buen *negotin* de Serbia,
 Ni de Damasco las armas,
 Ni del Pactolo la arena,
 Ni los viñedos de Smyrna,
 Ni de Edirné las esencias,
 Ni de la Arabia el café,
 Ni los perfumes de Persia,
 Ni los jazmines de Vódina,
 Ni los tesoros de Meca,
 Ni de Stambul los harenas,
 Ni del Sultan la opulencia,
 Ni las esclavas del Cáucaso,
 Ni las beldades de Armenia,
 Ni todo el oro de Heráclea,
 Ni todo el trigo de Odesa.
 ¡Mas cuán vano es mi deseo!
 ¡Cuán inútil mi quimera!
 Ilusion, vuélvete humo,
 Antes de ser llama intensa:
 Corazon, aboga tus gritos
 No palpites, hazte piedra;
 Pues el destino voluble
 Á buen seguro me lleva,
 Do no volveré á ver más
 Á la hermosa timovesa,
 Que en las orillas del Yantra
 Me aprisionó con sus trenzas.

HADJI TCHELEBY.

Tirnova (Bulgaria): 1878.

LETRILLA.

*Nadie está contento
 Con su propia suerte.*

Anton es un hombre
 Sobrado de bienes;
 Vive en un palacio,
 Gasta más que siete,
 Pero no es dichoso
 Porque se entristece
 De ver que hay honores
 Que en vano pretende:
 Por lo cual yo digo
 La frase corriente
 De: *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Anselmo ha heredado
 De algunos parientes,
 Sendos pergaminos
 Que mira y no entiende;
 Mas vinieron solos
 Tan nobles papeles,
 Y él busca dinero
 Que honores no quiere:
 Por lo cual, señores,
 Cualquiera comprende,
 Que *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Crispulo es obeso:
 Su abultado vientre
 Fuera de medida
 Se dilata y crece,
 Y tanto le estorba
 Que ya ni andar puede.
 Crispulo se irrita
 Mas ¡ay! no enflaquece:
 Por lo cual yo afirmo
 —¿Habrás quien lo niegue?—
 Que *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Canuto es un hombre
 Tan flaco y tan dengue,
 Que espíritu puro
 Tan sólo parece.
 Ni come, ni anda,
 Ni fuma, ni bebe
 Y al ver á los gordos
 De envidia se muere:
 Por lo cual repito
 La verdad solemne
 De *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Blasa está soltera
 Y aunque no se queje,

Yo casi adivino
 Que Blasa lo siente.
 En vano es que mire,
 Que salga y que entre,
 No hay un solo hombre
 Que amor la confiese,
 Y yo al advertirlo
 Me afirmo en mis trece
 Que *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Casada está Antonia
 Y quejarse debe
 De su mala estrella,
 Que le dió seis nenes
 Á cual más travieso.
 Y á cual más enclenque:
 Ella llora y rabia,
 Gime y se entristece
 Y yo que la escucho
 Dóile el sonsonete
 De *nadie hay contento
 Con su propia suerte.*

Y el noble, el plebeyo,
 El rico, el pobrete,
 El flaco y el gordo,
 El sabio, el pelele,
 La hermosa, la horrible
 Y de cuantos seres
 Forman el conjunto
 De la humana especie,
 Bien puede decirse,
 Bien puede creerse,
 Que *ni uno hay contento
 Con su propia suerte.*

José MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1878.

VENTURA EN LA TIERRA.

I.

Gemelos Narciso y Juan,
 Cada cual un objetivo
 En amor tuvo y un plan:
 Aquel soñaba en su afán;
 Este era más positivo.

Anatómico, realista,
 El velo de la ilusion
 Rasgaba Juan con la vista;
 Un dote, no un corazon
 Era su ansiada conquista.

La belleza inmaterial
 Enamoraba á Narciso:
 En su atmósfera ideal
 Columbraba un paraíso
 Con Eva espiritual.

II.

Hallando siempre el vacío
 En el mentido placer
 Del juvenil desvarío,
 No descubrieron mujer
 Á quien rendir su albedrío.

Comprendió el positivista
 Que el orgiástico vaiven
 Nunca dá segura pista,
 Y siguió el idealista
 En pos del aéreo eden.

El uno *despreocupado*,
 De carácter franco y pronto,
 Decir ansiaba postrado,
 Á un ídolo orificado:
 —*Dame pan y dime tonto.*

El otro, en febril desvelo
 Que las ideas embrolla,
 Quería en la tierra un cielo;
 Decir á un alma en su anhelo:
 —*Contigo pan y cebolla.*

Y en paseos y en talleres
 Apesarado, indeciso,
 Ver entre tangibles seres
 Procuraba el buen Narciso.....
 El alma de las mujeres.

Sin decir á las beldades
 Su atrevido pensamiento,

Ni observar frivolidades,
 Juan pudo entrever deidades.
 En el amillanamiento.

III.

El que era dado á la estética
 Con una Inés tropezó
 De Castro, muy pobre y ética,
 En tanto que la aritmética
 Una Rosa al otro dió.

Esbelta como un ciprés
 Marcaba su huella artística
 En un corazon Inés:
 Juan de la Rosa no mística
 Pronto se puso á los piés:

Tras lo vulgar, el tesoro
 Brillaba y sin más rodeo
 Como un diestro se fué al toro,
 Los pebetes de himeneo
 Viendo en braserillos de oro.

En breve premió su afán
 La adorada de Narciso,
 Costilla de aquel Adán,
 Viendo la manzana Juan
 Dorada en su paraíso.

El piélagos del amor,
 Que en su fondo oculta hiel,
 Columpiaba al soñador,
 Mientras la luna de miel
 Bañaba al calculador.

IV.

Sin fortuna y sin belleza,
 Mostróse Inés caprichosa;
 Cual su apellido, Espinosa,
 Era la de su riqueza
 La mejor hoja de Rosa.

Y el diablo que nunca deja
 En sosiego á los mortales,
 Costumbre en él muy añeja,
 De una y de otra pareja
 Derribó los pedestales.

Si débil en la apariencia
 Inés, fuerte en sus pasiones,
 Espíritu sin conciencia,
 Yedra sin raíz ni esencia
 Festoneó corazones.

¡Infortunado Narciso!
 Su Eva en turbio lodazal
 Cayó desde el paraíso:
 La Traviata, de improviso
 Progresó como su mal.

Mostrando más de una espina
 Colérica y caprichosa,
 Insolente como esposa,
 Procurando su ruina
 Gastaba *lo suyo* Rosa.

Juan luchaba y no cedía;
 Avaro, obraba prodigios,
 Mas todo en redor se hundía:
 ¿Entre derroche y litigios
 Que le quedaba? Una arpía.

V.

¡Sin virtud que purifica
 Quien el manantial salobre
 Del corazon dulcifica?
 ¡Sin Dios, qué pobre es la rica,
 Y cuán infeliz la pobre!

Quien busca en vanos desvelos
 La dicha aquí abajo, yerra.
 Alzad la vista á los cielos,
 Hoy dicen los dos gemelos
 Que no hay ventura en la tierra.

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

Málaga: 1878.

LA FEDERACION CIENTÍFICO LITERARIA
BÉTICO-EXTREMEÑA.

TODAS las instituciones humanas fueron en su
 origen débiles é imperfectas, como el hombre
 mismo á quien deben su fundacion.
 Los grandes imperios y las opulentas ciudades anti-
 guas, que todavía asombran la imaginacion por su

magnificencia y poderío; Menfis, Palmira, Tébas, Alejandria, Tiro, la capital de Béo y de Semíramis, y la soberbia Roma, señora del universo, no fueron en sus principios sino mezquinas y miserables aldeas, correspondiendo su incremento y admirables progresos con el desarrollo de las ciencias y artes, al compás de los conocimientos suministrados por la experiencia, conforme se iba ilustrando el entendimiento con el auxilio del análisis, que sólo enseña bien la naturaleza.

No fué en el Capitolio, ni en los palacios de Agripa ni de Trajano, sino en una humilde choza, bajo de un techo pajizo, que Rómulo sencillamente vestido, inspirado por su genio eminente y claras percepciones, y siguiendo un buen método, trazaba la capital del mundo y establecía los fundamentos de su inmenso imperio. Nada brillaba allí ni había de grande, sino él mismo.

Y muchos miles de años antes de la fundación de Roma, nos presenta la historia á la astronomía, la cosmogonía y la teogonía de los egipcios, como el fundamento cardinal de todas las ciencias, y el gran basamento de donde han dimanado los institutos de la sociedad.

En las regiones del Oriente encontramos, pues, la cuna de la civilización y el nacimiento de las ciencias y artes, que tan portentosos adelantos han alcanzado en nuestros tiempos. Allí fué en donde el interés material y la necesidad de instruirse para no errar, que son los móviles de las acciones humanas, hizo descender á los hombres de las altas montañas y los sacó de los desiertos en que vivían observando las operaciones del universo y sus maravillosos efectos, siguiendo el curso de los astros; los reunió en sociedad y les hizo construir ciudades y templos dedicados á la Divinidad, para estudiarla en ellos y explicarla con símbolos, emblemas y alegorías, investigar los secretos de la naturaleza, y facilitarse las mayores comodidades por medio de la construcción de máquinas é instrumentos.

Los hombres practicaron primero y escribieron después el resultado de sus observaciones, siendo las teorías hijas de la práctica; y tanto aquellas como ésta, sólo pueden llegar á ser perfectas por el método analítico, como lo asienta muy doctamente el Abad de Condillac en su tratado de lógica ó arte de pensar.

No es mi intento hacer una disertación sobre la generación de las ideas y de los conocimientos, ni seguir la filiación de los diferentes ramos del saber, que esto pertenece á la enciclopedia; y he de contentarme con discurrir sobre los beneficios que trae á los pueblos el establecimiento de focos de instrucción que generalicen las ciencias y las letras, familiarizando con ellas á todas las gentes, por ser éste el termómetro que marca con más acierto los grados de civilización y cultura de un país, y el objeto principal que, sin duda, se propusieron los honorables miembros de esta asociación al constituirse.

Fiat lux, et lux facta est; hágase la luz, y la luz fué hecha. Esto solamente Dios ha podido hacerlo con su poder infinito; pero para los hombres ha sido necesario el trascurso de muchísimos siglos de asiduo y constante trabajo, desde los tiempos prehistóricos hasta el presente, para ir pasando sucesivamente del estado primitivo de naturaleza al de refinamiento y perfección social en que relativamente se encuentran los que han podido llegar á él.

Si tuviésemos á mano una escala sinóptica y cronológica de esas respectivas situaciones, se comprendería más fácilmente los grados por donde ha pasado la humanidad; pero á mi propósito basta con que se fije la atención en la diferencia que existe entre los cafres y los pueblos más avanzados de Europa, para que se comprenda y aprecie lo que se debe á las ciencias y artes que tanto nos han civilizado y hecho progresar, hasta ponernos en posesión del derecho moderno y de los inestimables bienes que él nos asegura.

Sin esas luces esplendorosas que gradualmente han ido levantando la dignidad y nobleza de nuestro ser, nuestra querida patria se encontraría hoy en los pañales de la infancia en que se hallaba en la época de los Fenicios y Cartagineses; que si bien era aquel un estado sencillo, patriarcal, muy bien ordenado y conforme con la ética ó filosofía moral, y con las prescripciones de las leyes físicas de la naturaleza, según lo describe Fenelon en su *Telémaco*, estaba muy dis-

tante de ser el emporio monumental que hemos alcanzado en todas materias, faltando poco para llegar á la cúspide de la sabiduría humana, que nos coloca al nivel de los pueblos más cultos y adelantados de este continente.

Si echamos una ojeada retrospectiva veremos en la historia que los Cartagineses, los Romanos y los Godos no mejoraron en nada á la antigua Iberia, ni nos importaron las ciencias, ni las bellas artes; ni hicieron otra cosa que amoldarnos á sus sistemas políticos y religiosos, enyugando á los dichosos Iberos y arrebatándoles su independencia, su libertad, sus inocentes costumbres y sus riquezas, haciéndolos desgraciados y esclavos, y ensangrentando el suelo patrio con sus interminables guerras y destrozos.

Empero, vinieron los Arabes y aclimataron en España las ciencias celestes, astronómicas y filosóficas, las artes y los conocimientos agrícolas, todo lo cual se difundió de aquí por Europa hasta las islas Británicas y las orillas del Rhin, suavizando un tanto las costumbres acres y fuertes de los godos; y desde entonces comienza la época de regular civilización.

Es incuestionable que todas las naciones deben los vínculos de la sociabilidad, la bondad de sus sistemas, el aumento de la agricultura, el incremento del comercio y el cultivo de las relaciones internacionales, al progreso de las ciencias y artes; y es esta medida tan exacta y bien conocida, que en donde más brillan las ciencias, y se protegen los conocimientos, y se propaga la instrucción, y se multiplican los planteles científicos y literarios, sin rémoras ni tropiezos; allí se ostenta más la moral pública y privada, ejerciendo todo su imperio, se cometen menos delitos y faltas, se consolidan las instituciones de la sociedad, se administra pronta y rectamente la justicia, hay un orden perfecto y se goza de mucha paz, prosperidad y bienestar.

A la culta filosofía y demás ciencias naturales, y especialmente á los portentosos descubrimientos de la física y de la química, somos deudores de los adelantos hechos por el vapor, del telégrafo eléctrico y de la infinidad de máquinas é instrumentos que facilitan y simplifican todos los trabajos científicos, artísticos y mecánicos, los perfeccionan y pulimentan, aumentando la riqueza pública, el crédito y la comodidad en lo general.

Y á la propagación de las ideas y de las luces, en toda clase de producciones literarias, debe todo el mundo su cultura, sus progresos, su instrucción en todas materias y cuantas mejoras se conocen.

La omnipotencia indiscutible de las ciencias, es la reina y señora del mundo: la inteligencia y la capacidad dominan los mares, dirigen los ejércitos, presiden á la política, escudriñan los secretos de la naturaleza, y penetrando con el telescopio más allá de la esfera de los últimos astros, nos dan cuenta cabal de la extensión de sus masas, de su naturaleza y distancias, de sus giros é influencias.

Las ciencias fueron las que aposentadas en el alma grande de Cristóbal Colon, lo hicieron superior á su época y á cuantos le rodearon, y levantando poderosamente su espíritu y su imperiosa voluntad sobre la atmósfera común que lo aprisionaba, se lanzó á los mares guiado por la intuición científica, con la fé y la conciencia de encontrar el otro hemisferio que completa la esfera de la tierra.

Bien sabido es por todos la inmensa suma de gloria y de riquezas que de esto reportó España, el imponderable beneficio que trajo á la humanidad, la estu-penda revolución y ensanche que ocasionó en las ciencias, la majestad, esplendor, poder y prestigio con que aumentó la corona de Castilla.

Las letras pusieron su alcázar en el festivo y agudo ingenio de Miguel de Cervantes Saavedra, reconocido como el príncipe de la literatura española; y es este título tan justo y bien merecido, que el *Quijote* se ha vertido á la mayor parte de los idiomas vivos, con admiración y aplauso de todo el mundo, que no puede menos de envidiar las galas y bellezas de sus ingeniosas críticas, hiriendo agudamente los vicios y las costumbres ridículas que cayeron bajo de su exámen y competencia.

Inútil es que yo me detenga á explicar las mejoras y bienes que ha reportado el país con este coloso de nuestra literatura, que, como muy bien ha dicho Cle-

mencin en sus comentarios del *Quijote*, Cervantes no tuvo modelos que seguir en sus composiciones, y después no ha tenido imitadores que lo sigan.

Y si vamos á examinar todas las profesiones, artes y oficios, todas las relaciones sociales y el estado progresivo de España, hallaremos indudablemente, que en donde más abundan los establecimientos científicos y literarios, hay más civilización y cultura, costumbres más dulces y suaves, más elementos de prosperidad, mejores fuentes de instrucción y más abundancia de trabajo para todas las clases del pueblo, siendo á esto que se debe la suntuosidad y ornato público, el refinamiento en todas las cosas, y la justa y racional esperanza que alimentamos de marchar sin mayores obstáculos ni tropiezos hácia la perfección relativa, venciendo las rémoras y la inercia que se opongan á la consecución de tan laudable objeto y alto fin hasta adelantarse á todo linaje de atraso, y dirigir al pueblo por la senda que trazan las ciencias, la moral y las virtudes sociales.

¿Y qué podré yo decir en elogio del grandioso objeto de beneficencia que entraña la Federación Científico-literaria, por sus bases constitutivas?

El sublime pensamiento de asociar á sus tareas el cuidado de amparar el infortunio y hacer menos dura la triste condición del desgraciado ¿no es una de las grandes virtudes sociales dimanadas de la justicia, que se condensa en la equidad, y se hermana con la sabiduría y el progreso?

La sola consideración de que Dios ha colocado á los hombres en sociedad para que se protejan y ayuden unos á otros, haciendo por este medio menos intensos los males que surgen de su debilidad ó impotencia bastaría, para sancionar este capítulo, como objetivo natural y obligado de toda asociación; pero aún puede decirse más sobre el particular.

El interés es el incentivo que todo lo impulsa y estimula, y el resorte más poderoso de todas las acciones; y regulado por la balanza de Astrea, se mantiene en justo equilibrio, compensando lo dado con lo recibido. Sin un interés legítimo depurado del sórdido egoísmo, y basado en los principios de la moral y la justicia, no existirían las buenas cualidades; las virtudes carecerían de objeto real que les correspondiera, y el amor propio racional é ilustrado no tendría en qué ejercitarse y esparcirse, quedando el corazón vacío y despojado de los tiernos afectos del amor y la caridad.

Todo lo mueve el interés, hasta las obras de misericordia, con la esperanza de obtener la satisfacción interior, que es la posesión de un bien, la aprobación de nuestros semejantes, una buena reputación, y la recompensa que se sigue á las buenas acciones; de lo que se desprende necesariamente, que en donde se establece la protección y auxilio mútuo como base cardinale de la asociación, hay un aliciente poderoso para ensanchar en su expansión nobilísima todos los objetos de la institución, multiplicar sus beneficios y adquirir una gran preponderancia y prestigio, aumentando considerablemente el número de personas respetables que hagan de esta Federación uno de los núcleos sociales más interesantes de España.

De los arroyos y ríos de la caridad se recojen abundantes cosechas de sazonados frutos, que mitigan un tanto las dolencias de la humanidad; y yo creo que han de ser inmensas las que produzca este raudal de beneficencia y de filantropía, que se ofrece envuelto en las luces literarias y ornado con el manto de las ciencias.

Tales son los beneficios que han de recogerse de esta corporación, que se inaugura bajo los auspicios de la caridad, en el templo de Minerva.

El país que no marcha impelido por la corriente electro-magnética de las modernas luces que todo lo invaden y dominan, se quedará gimiendo en un deplorable atraso, en medio de la escala del progreso humano, impotente para elevarse al rango y sublimidad que le corresponden; y esto es lo que desean evitar los hombres superiores de ciencias y de letras de nuestra patria.

La iniciadora y fundadora de la Federación Científico-literaria Bético-extremeña, impregnados de estas ideas y sentimientos, inspirados por el amor intenso que profesan á las ciencias y á las letras, animados del

más puro patriotismo, y del ardiente deseo de ser útiles á los desvalidos, dotando al país con esta institución; concurren con ella al pulimento social, desde las basas y columnas, hasta los chapiteles y festones; porque bien merecen las amenas, deliciosas y encantadoras regiones de Andalucía y Extremadura, la tierra clásica del sentimiento y de la poesía, tan célebre en la historia de todos tiempos, y tan renombrada por los literatos de todo el mundo, que sus hijos la honren, la enaltezcan y la sirvan, aumentando este establecimiento al catálogo de los muchos que la ilustran, como complemento de su corona científico-literaria, y como asilo benéfico y protector.

Toca á los hombres ilustrados amantes del progreso, ingresar en esta honorable corporación y colaborar con ella, para hacer más lucidos, interesantes y provechosos sus trabajos. Nuestro pueblo sencillo y benévolo ha de menester de éstos, y con su ingenio natural y viva imaginación, retiene fácilmente las lecciones que más le interesan, y algo ó mucho queda de ellas. Los que están llamados á hacer el bien público, á propender con sus luces al fomento de la instrucción general, y á desarrollar los sentimientos piadosos, jamás harán demasiado en la misión redentora de instruir al que no sabe, de proteger al desgraciado, de recrear y ornar con las flores literarias, y de registrar la historia para utilizar sus lecciones, ó para apoyar en ella sus argumentos y conclusiones.

Réstame sólo tributar á este ilustre Cuerpo los sentimientos de mi más alta consideración, haciendo sinceros y fervientes votos por su incremento y pingües resultados en favor de la humanidad, y porque se convierta en un foco de eterna sabiduría en donde brille la verdad científica tan pura y resplandeciente, como brilló la verdad divina en la zarza y en la cumbre del monte Tabor.

CRISTÓBAL M. GONZALEZ DE SOTO.

Sevilla: 1878.

LA LUZ MISTERIOSA.

CUENTO.

I.

ESTABA un viejecito de cabellos blancos y mirada dulce postrado en un pobre lecho próximo á morir; á los dos lados de la cama habia dos hermosos niños de rodillas llorando sin consuelo.

—¡Callad! ¡Callad, hijos míos!—esclamó enternecido el anciano cogiendo con sus manos heladas las calenturientas de los niños—es necesario conformarnos con la voluntad de Dios. ¡Vamos! no lloreis.... ¡caramba! que me vais á hacer llorar á mí también. ¡Ea! limpiad esas lágrimas y estadme atentos.

Los niños obedecieron y aunque con algún trabajo pudieron reprimir sus sollozos.

—Ya escuchamos, padre mío—dijo el mayor, que se llamaba Alfredo.

—¡Oh! no, no, mi querido padre—añadió el menor besando la mano del viejo—¡no habéis! que ha dicho el médico que os hace mal el hablar.

Una triste sonrisa vagó por los labios del padre; una sonrisa de resignación y de piedad.

—Los médicos, hijos míos, tienen mucha razón en lo que dicen; pero llegan casos en que sus consejos y mandatos son inútiles. Conozco que mi vida se apaga por momentos, hijos míos. Al abandonar este mundo sólo llevo un pesar en el alma: el pesar de dejaros solos en este laberinto que se llama sociedad. ¡Dadme un abrazo!... ¡Así! ¡Así! ¡Oh! ¡Si pudiera teneros siempre tan cerca de mi corazón!... Pero no es posible; pronto nos va á separar el destino para siempre. Mis horas están contadas; siento que se aproxima el momento fatal... Escuchad.

El mundo es muy malo, hijos míos. El mundo se complace en poner lo negro blanco y lo blanco negro para que todos nos equivoquemos y suframos desengaños. Desde el momento en que yo me muera tendréis que recorrer solos el camino de la vida, que es escabroso y lleno de dificultades sin contar las que le añade el mundo. Vuestro destino es caminar por él, pero... ¿cómo guiaros? Cuando se presenten dos ó tres sendas ¿cuál elegir? Esta es, hijos míos, la mayor dificultad que hay que vencer. No olvideis nunca lo que os voy á decir. Siempre que tengáis alguna duda mirad al Cielo y allí vereis una luz blanca y brillante; seguidla sin vacilar, que ella os mostrará el buen camino... ¡Ea! un abrazo, Alfredo!... Luis ¡un abrazo!... no

olvideis mis palabras... ¡Adios, hijos míos! Mi... vida... se... con... clu... ye... ¡Adios!

II.

¡Pobres niños!... ¡Solos, abandonados! ¿Qué iban á hacer? Llorar y llorar.

Pero también las lágrimas se acaban y llegó un momento en que los ojos de Alfredo y los de Luis permanecieron enjutos, aunque todavía vistiese de negro su corazón.

Era una hermosa tarde de verano. Los huérfanos estaban sentados á la puerta de su casita en un rústico banco, obra de su anciano padre, cogidos de las manos y en actitud pensativa.

—Es necesario decidírnos, exclamó Alfredo.

—Cierto, pero ¿qué hacer?

Sin determinarse á nada, pensando y pensando, se acabó la tarde y comenzó la noche y los dos hermanos seguían sentados en el banco y cogidos de las manos.

—¿Qué hacer?

—¡Dios mío!—murmuró al fin Luis dirigiendo al Cielo sus ojos; y de pronto dando un grito añade:—¡hermano mío! ¡Mira! ¡Mira!... ¡La luz blanca y brillante de que nuestro padre nos habló!... se mueve, ¡sigámosla!

Y Luis, loco de alegría, marchó en la dirección que la luz le marcaba, fijos los ojos en ella y como atraído por sus destellos, y así estuvo andando hasta que el cansancio le rindió. Se hallaba en un espeso bosque y junto á un árbol corpulento. El sueño y la fatiga eran tan grandes que apenas se recostó al pie del árbol se quedó dormido y tuvo un sueño muy bonito en el que vió la luz misteriosa que le habia guiado.

—¿Y mi hermano?—esclamó mirando hacia todos lados cuando al día siguiente le despertaron los rayos del Sol.—¿Dónde estará? ¿Me habrá seguido? ¿Nos habremos separado? ¿Qué haré? ¿Dónde le encontraré?

Miró hacia el Cielo y allí estaba la luz de que le habló su padre, moviéndose en dirección del Oriente. Sin vacilar ni un instante la siguió.

III.

Y andando, andando, sin encontrar á su pobre hermano y siguiendo siempre á la luz se pasaron dos años, hasta que un día llegó Luis ante un inmenso palacio de mármol con puertas doradas.

Paróse Luis á contemplarle, cuando de pronto se abren las puertas y aparece un venerable anciano con larga cabellera blanca, y envuelto en un manto azul cuajado de brillantes.

—¡El es!—dijo el anciano viendo á Luis y tendiéndole los brazos.—¡Oh jóven! tú eres el destinado por el Cielo á ser el esposo de mi hija, la princesa Zoraida. Ven á verla.

Y cogiéndole por la mano le entró en el palacio inmenso. Zoraida era una princesa bellísima, apasionada y buena; su padre habia hallado en los viejos libros de su biblioteca la predicción de que su hija se habia de casar con un hermoso jóven que tuviera un lunar en la mejilla izquierda y un mechón de cabellos rubios entre sus cabellos negros, y que habia de llegar en un día de fiesta ante su palacio; aquel jóven era Luis. Zoraida y él se amaron en cuanto se vieron, y casándose fueron felicísimos.

Pero en medio de su dicha notaba Zoraida algunas veces en la frente de Luis una nube de tristeza y aunque ella sufría al verle así no se atrevía á preguntarle, temerosa de que su indiscreta curiosidad le disgustara. Al fin un día no pudo resistir á su deseo, y entonces supo que la causa de la tristeza de su esposo era la desaparición de su hermano Alfredo y la ignorancia en que se hallaba de su suerte.

La hermosa Zoraida, que tenia buen corazón (cosa bastante rara en una hermosa), le impulsó ella misma á que prosiguiera sus viajes en su busca y se ofreció á acompañarle.

Luis miró entonces al Cielo y, como siempre, vió allí la blanca y brillante luz misteriosa; cogió de la mano á Zoraida y se pusieron en camino.

IV.

Y andando, andando, llegaron al cabo de mucho tiempo ante unos peñascos desnudos de toda vegetación, que se hallaban próximos á un miedoso bosque. Allí la luz misteriosa se detuvo.

De pronto á sus pies ven girar una piedra, alzarse como por sí misma, y del fondo de la tierra salió un hombre, tras de aquel otro y otros muchos; todos estaban armados fuertemente y tenían unos rostros que daban miedo. Rodearon á los dos esposos y, atando sus manos, los hicieron descender á la espantosa cueva y luego dejaron caer la enorme piedra que cubría la salida.

Luis y Zoraida temblaban el uno por el otro. Al poco tiempo oyeron muy cerca de ellos un suspiro; miraron y vieron un hombre que estaba espirando, desangrándose por momentos. Luis hizo un esfuerzo y rompiendo sus ligaduras se dirigió al herido.

—¡Hermano mío!... ¡Alfredo!... ¡Alfredo!...—gritó Luis con desesperación.—¡En qué estado te encuentro!... ¡Habla, habla! dime algo. ¡Alfredo! ¡Alfredo!...

—¡Luis... mira!—balbuceó el desgraciado.—¡Mira! ¡La luz misteriosa! ¡No la he querido seguir!... ¡me he burlado de ella!... ¡Ay!...

Alfredo habia dejado de existir.

Luis cavó llorando una fosa y enterró el cuerpo de su hermano. Después cogió de la mano á Zoraida y miró para arriba. La luz misteriosa estaba allí y se movía.

Luis la siguió y andando, andando, salieron de la espantosa cueva y fueron á dar al palacio de Zoraida; el padre de ésta habia muerto y los dos esposos fueron proclamados reyes, y bendecido por el pueblo su reinado.

Desde entonces la luz permaneció fija y Luis nunca la olvidaba.

La tenia dentro de sí mismo.

Era la luz de su razón.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca: 1878.

UN CARMELITA.

POR

J. M. GOMEZ COLON.

(CONCLUSION.)

IX.

Era de la risueña Primavera una tibia tarde, de esas deliciosas que plácida la estación prodiga, aun allí donde sin bosques y sin flores, tiene todavía la naturaleza riquísimos perfumes, que sin saber de donde vienen, aromatan la serena atmósfera deleitosamente respirada.

En el balconcillo de una de las torres de la Iglesia del Carmen de Cádiz, veíase un sacerdote leyendo en un abultado libro encuadrado en amarillado y arrugado pergamino.

De vez en cuando posaba el libro en las rodillas y contemplaba el mar.

¿Por qué no el Cielo?

Porque el mar en su grandeza, es, á fé, movido en olas sucesivas, un otro libro, grande, grave, imponente, sentencioso, cuyas espumas son las hojas donde de continuo se lee elocuentísima enseñanza.

Arturo, que no era otro, habia por una serie fatigosa de beneficios, parado en la Iglesia del Carmen.

Era su advocación; era el hijo prometido de aquella virgen del nicho, vista por el atribulado mozo en una para él tan aflictiva y tormentosa noche.

Hallábase el antiguo Guardia de sotana en aquel balcón, como si faro de una vida borrascosa, sirviera para alumbrar de lejos la esperanza de un porvenir.

Un bajel que entraba en el puerto, llamó su atención.

Llegaba el buque en bandolas; por timon una espadilla; sin la obra muerta de babor, sin bote, sin lancha, sin cocina; semejava al mutilado en un combate, que se arrastra como puede en demanda de recursos á sus quebrantos.

Detuvo dolorosamente su mirada el sacerdote en aquellos que bien pudiera decirse restos de una nave: advinó las angustias de aquellas gentes á las que veía amontonadas en el alcázar mirando con alborozo el puerto hospitalario.

Arturo oró.

Daba gracias á la Virgen su patrona, por el salvamento de aquellos navegantes.

La noche se acercaba. Arturo seguía leyendo.

El sacristán apareció.

—Señor, dijo, aquí está el capitán de un buque mercante.

Y efectivamente, hasta allí habia seguido un hombre fornido, pequeño de cuerpo, de ancha cara enrojecida: abrigo y pantalón de paño piloto, sombrero de alas anchas, y holgadas gruesas botas sin lustrar.

—¿Qué me queréis, capitán?

—Padre, hemos estado á punto de perecer tan pronto como rebasamos de la altura de Canarias: fué un endiablado Sudoeste, como no lo experimenté jamás. Casi al naufragar, invocamos á la milagrosa Virgen del Carmen, en momentos que dormido el bergantin sobre estribor, se nos venia encima una montaña de agua para hacernos dar la gran zambullida. Y aquí nos tiene Vd. padre, por un milagro, pidiéndole que mañana nos diga una misa cantada, con todos sus adminículos y empavesadura, en acción de gracias.

El sacerdote, sin embargo de estar acostumbrado á aquellas peticiones, y á aquellos milagros de su Virgen, se enterneció, y con voz conmovida:

—Bien, hijo mío: bien, dijo, reconozco en vuestra devoción nunca desmentida, nunca desoída por N. S. del Carmen, la fé de los buenos y cristianos marinos. Id sin cui-

dado, y venid á las nueve de mañana, que todo estará dispuesto para que cumplais vuestro sagradísimo voto.

—Es, señor cura, que la tripulación y el pasaje....

—¿Qué?

—Quisieran confesar y comulgar ántes de la misa.

—¡Ah! tan bravos como buenos católicos. Bendito seáis.

Y con los ojos humedecidos por entusiastas fugitivas lágrimas, tendió la mano al marino quizás con más marcialidad que beatitud, pero que fué tomada y besada con más contrición que desenfado.

—Venid, venid todos al amanecer, que yo estaré en el confesonario.

El capitán y el sacristán se retiraron.

El sacerdote se quedó: púsose de rodillas y oró.

X.

Apénas la indecisa luz del Alba penetraba en la Iglesia del Carmen.

No podían los débiles rayos de lámparas aquí y acullá suspendidas de las naves, despedir las sombras de la noche que se iba, y contribuir á dar vigor á las vislumbres del día que llegaba.

Soamente un confesonario veíase por completo, merced á los cirios encendidos en altar inmediato.

Allí estaba Arturo.

La tripulación y el pasaje del bajel salvado, se encontraban en las conmovedoras sombras de aquel para ellos tan deseado templo, de hinojos, contritos, silenciosos, recordando quizás, los pormenores del peligro, y sin quizás hallando aquellas bóvedas, estrecho lugar para contener la efusión de gratulatorio sentimiento.

El capitán, el piloto, el contraestre, los marineros, los muchachos de cámara habían ya confesado: tres hombres del pasaje también: faltaban dos mujeres.

Una de ellas se arrojó al pie de la rejilla del confesonario: rezó, y después con apagada y trémula voz:

—Padre, dijo, oídme en confesión general.

—Os escucho, dijo Arturo.

—Nací de padres nobles y ricos: una educación esmerada pero minosa, á par que el punible descuido de unos padres entregados á la disipación y divertimento, nos hicieron á mi hermana y á mí, unas niñas caprichosas, señoras de nuestros gustos, dadas á la voluptuosidad que estimulaban los más donosos señores y los más apuestos galanes. Nos arrebató el cólera á nuestros padres: cuando enjugamos las escasas lágrimas por ellos tan sin conciencia vertidas, nos encontramos arruinadas, en la miseria, deudas por herencia, desamano por medio de subsistir. No sabíamos hacer nada; excepto amar y engalanarnos. Por algún tiempo las dádivas de los pretendientes, pudieron hacernos soportable la existencia; pero después el abandono de nuestros amadores, nos hizo ver todo el horror de nuestra miseria. El bordado, la costura, todo era ageno á nuestros recursos: echamos mano de nuestra única habilidad, el canto, y entramos en una compañía teatral de Madrid....

El confesor se oprimió el corazón con la mano izquierda queriendo contener la violencia de sus precipitados latidos.

La penitente continuó:

—Ya en el teatro, nuestros adoradores aumentaron; nuestros productos fueron creciendo; y seducidas por el brillo de aquella nueva atmósfera, dimos rienda suelta á nuestras inclinaciones, ya sin frenos ni miramientos. Revueltos los amores con los caprichos, y los devaneos con los compromisos, ya no pudimos distinguir la verdad de la mentira, la sinceridad de nuestras mismas sensaciones: nos complacían únicamente los placeres; atendíamos tan sólo á la avara conveniencia.

Arturo se hacía sangre en el pecho con las uñas.

La mujer prosiguió:

—Fué una noche. ¡Terrible noche! Estaba de servicio en palacio mi amante predilecto, y ocupado en urgentes gravísimos negocios el más rico de los adoradores de mi hermana. ¿Qué hacer de las altas horas? Teníamos unas conquistas nuevas: dos locos aristocráticos oficiales de la Guardia Real; buenos mozos, decididos, arrebatados de carácter, celosos por amor propio; pero cortesánamente rendidos y almirados. Decidimos pasar la noche con ellos...

Quiso dejar su asiento el confesor, pero cayó en él anodado.

Continuó la confesión:

—Estábamos en acecho de la venida de los nuevos enamorados, á quienes habíamos hecho avisar cautelosamente; cuando en vez de ellos, presentóse de improviso el rico amante de mi hermana diciéndonos que había desatendido una comisión importante, por venir á pasar algunos minutos con su amada. No bien había el galán acabado de hacer aquella manifestación, que oímos en el portón la señal convenida de los oficiales de la Guardia. Mi hermana se puso pálida: su amante aseguró que estaba perdido con el Rey si le encontraba allí algún sujeto de suposición. Los que estaban á la puerta no podían serlo más, ni

ménos prudente según que eran ya no los precavidos si no los ruidosos golpes que con el puño de sus espadas redoblaban altaneros en la puerta. Empujó hacia la alcoba mi hermana á su amante, y yo fui sobrecogida á abrir la puerta de la escalera. Entróse el empujado caballero en la contigua estancia, pero no tan pronto que por mi aturdimiento, dejase de verlo el primero de los oficiales entrando precipitadamente. Aquello fué tan rápido como el pensamiento: deservainó su espada, entró en la alcoba, se oyó el choque de dos aceros, y después un grito. Quedamos petrificadas de terror. El otro oficial se avalanzó á la estancia, sacó arrastrando por un brazo á su compañero, que con los ojos desencajados y los puños cerrados, parecía seguir como un autómatas el movimiento que le imprimían. Los oficiales desaparecieron....

Arturo respiró, como si le hubiese quitado un enorme peso sobre el corazón. Aquella mujer no era una asesina.

Continuó el relato.

—Estábamos solas. Entramos presurosas en la alcoba. Allí, de espaldas caído en la cama, había un cadáver atravesado de una estocada, cuya espada permanecía en la herida, quizás por la precipitación con que fué apartado el matador. Salimos trémulas, convulsas, horrorizadas: nos miramos ¿qué hacer? Recordé entonces á mi amante; aquel que estaba de servicio en Palacio: sabía el dominio que tenía sobre él; podía contar con su favor y su talento. Además, habíalo en cierta ocasión sorprendido dándole un beso á una muchacha cuyos amores me ocultaba el pérfido: aquella oportunidad del muerto, era propicia ocasión para vengarme....

Hubo Arturo de taparse con ambas manos la boca para evitar un rujido.

Seguía la confesión:

—Escribí una esquela á mi amador llamándole con urgencia encarecida, y bajo pena de perder mis caricias si dilataba un minuto su presencia. Yo misma llevé la carta á Palacio, quedando mi hermana en casa como guarda del cadáver. Yo misma la entregué á un criado de los Guardias, con encargo de no decir quién había llevado el escrito. Y volví volando á mi casa, tal era que la ansiedad y el susto daban á mis piernas alas. No se hizo esperar mucho al galán: con un proceder anticipadamente convenido, logramos encerrar en casa al confiado amante, sin que sospechase lo que en ella le esperaba. Mi venganza y libertad estaban conseguidas. Quedaba el Guardia con el muerto para responder á la justicia. Nosotros teníamos el mundo para correr. Y corrimos....

—¡Infame!! prorrumpió el confesor con voz vibrante y estentórea. ¡Julia de B!.. que Dios te perdone como yo te perdono!!!

El imponente como un juez, grave como un sacerdote, digno como un caballero, nervioso como un hombre, dejó el confesonario, y majestuoso desapareció Arturo por la primera puerta.

Al grito del confesor, Julia y Carolina, pues eran ellas, se pusieron en pie en el sitio donde le escucharon: cuando el sacerdote dejó el confesonario, dióle de lleno la luz en el rostro, hermozeado por la emoción, brillante por el domo de la ira, rejuvenecido por los recuerdos....

Las dos mujeres le reconocieron: Julia cayó desmayada en los brazos de Carolina.

Toda la tripulación acudió y rodeó á las dos mujeres.

Comenzaba el día á prestarle luz al templo.

Los fieles acudían.

A aquellas dos mujeres se las retiró. Los marinos esperaron.

Momentos después lo solemne de la comunión y lo suntoso de la misa, tuvieron lugar ante la devota presencia de una cristiana multitud.

Con asombro de todos, habíase suprimido el sermón por repentina grave indisposición del querido, reverenciado y enaltecido padre P...

Cuando los fieles dejaron el templo, procuraron los marinos olvidar lo acontecido.

Pero las beatas murmuraron.

XI.

Un mes después se veía á dos mujeres enlutadas orando de rodillas al amanecer ante un nicho del cementerio general.

Aquí yace el reverendo padre carmelita descalzo, esclatrado D....

Decía la lápida.

Otra mujer llevando en brazos una niña, y acompañada de un militar, pasó por allí inmediato: miró, palideció, se prosternó y oró ocultando una lágrima fugitiva.

Parecía que el calor de un beso dado allá en lejana noche, mandaba desde la plazuela de la Cebada de Madrid, todo el fuego de un inocente recuerdo.

—¿Por quién rezas? Preguntó el militar.

—Por el cura que firmó la partida de bautismo de este ángel.

Y un beso de madre ocultó la huella de la lágrima que había rodado.

El hombre descubrió su cabeza, é invocó para su hija la bendición de aquel cura.

Todo los años se veía á dos mujeres pobremente vestidas, enfermas, demacradas, ir en cierto día á depositar un ramo de flores en la tumba del padre P....

Después, no se vio más á las mujeres: ni flores en la tumba del forastero.

Años más tarde, leía un ricacho de la Habana allí en una quinta del cerro la siguiente carta de Madrid:

«Amado tío: No me puedo conformar con la muerte de mi padre: dejó á mi hermano como particular herencia una espada que ha de servir, según lo decía, para encontrar al matador de su hermano, el bueno del Gentil-hombre por quien tanto rezamos....»

—¡Pobre cuñado: era su manía!

Una tarde se le entregó al capitán general del Departamento marítimo de Cádiz, el siguiente parte del comandante de la Provincia:

«Ayer una fuerte ráfaga del E., hizo zozobrar con mar muy gruesa, el bote *Sacramento* de esta matrícula, número 326, en su travesía de Rota á este muelle. Se salvaron los dos marineros que lo tripulaban y el patrón: pero se ahogaron dos mujeres que traían á bordo, y las cuales se encontraron esta mañana en la caleta estrechamente abrazadas: identificadas resultaron ser Julia y Carolina B..., pordioseras que se ocupaban en pedir limosna en esta ciudad y en los pueblos fronterizos del puerto.»

Una á una fueron cayendo las letras de la tumba del Padre P....

Queda la losa completamente blanca. Es el reflejo de un alma que mira desde el Cielo.

FIN.

NOTICIAS.

El Cádiz envía á los pies del Trono su respetuosa y sincera felicitación, porque la Providencia haya salvado la preciosa vida de S. M. el Rey del odioso y criminal atentado de que pudo ser víctima el día 25 del corriente, cuando al entrar en Madrid se disparó contra la augusta persona una pistola, y como españoles lamentamos que caiga de nuevo sobre nuestra noble patria la mancha de un conato de regicidio.

Hemos recibido el tomo II y III de la *Biblioteca de Señoras* que ha comenzado á publicar en la corte la Sra. Doña Faustina Saez de Melgar, y que está llamada á obtener una gran aceptación por la belleza de las novelas que contiene y la idea moral y religiosa que se sustenta en ellas.

También hemos recibido el poema ¡MERCEDES! páginas en verso del reinado de D. Alfonso XII, que ha publicado en Sevilla el aventajado escritor D. Luis Montoto, y por último el primer tomo de las *Obras escogidas* de D. Francisco Flores Arenas, que es un hermoso libro en el cual la *Real Academia gaditana de ciencias y letras*, ha coleccionado con acierto y esmero las obras poéticas del autor gaditano. Como la edición, que es de lujo, ha sido costeada por el Ayuntamiento y Diputación provincial de Cádiz, no se venden ejemplares de ellas.

Agradecemos infinito á los autores y á la Academia, estos libros que apreciamos en mucho.

Hemos tenido el placer de saludar en Cádiz, de paso para Cuba, el bravo comandante D. Francisco Gonzalez del Hoyo, autor de los magníficos artículos que hemos publicado con el título *El porvenir de Cuba*, y á su esposa la bella y distinguida cubana D.^a Aurelia Castillo, que también ha honrado al Cádiz con sus lindas producciones.

Les deseamos un feliz viaje, y esperamos que no olviden á sus amigos de la Península.

Damos las gracias más afectuosas en nombre de nuestra Directora, á los periódicos y personas de su amistad que le han dirigido su pésame, por la pérdida de un individuo de su familia que acaba de experimentar.

Signe la compañía del Sr. Albarran atrayendo al teatro *Principal* una distinguida concurrencia, la cual queda siempre complacida del buen desempeño de las obras representadas, y de los esfuerzos de los notables artistas encargados de interpretarlas.

Muy particular mención debemos hacer de la Srta. Genovés y del Sr. Albarran en el drama *Las travesuras de*

Juana, que agradó infinito al público, el cual, después de terminada la obra, llamó á los artistas al palco escénico para colmarlos de aplausos.

La empresa abre un nuevo abono con rebaja de precios, y no dudamos que nuestra sociedad corresponda á este sacrificio concurriendo á tan agradable coliseo.

Hemos recibido un importante libro, publicado por el digno sacerdote D. L. A. de la T., abogado también del colegio de Madrid, el cual se ocupa de la utilísima cuestión de mejorar el ramo de criados, que tanto deja que desear en España. Titúlase la obra *El servicio doméstico y el centro protector de la mujer*, y la recomendamos á las señoras, que han de encontrar en ella sabios consejos y prudentes advertencias.

Agradecemos á su distinguido autor tan notable obra (publicada con la aprobación de la autoridad eclesiástica), la cual se vende en Madrid en las principales librerías, al precio de 8 rs., y en Valencia en la librería de Martí, calle de Zaragoza.

El Domingo 27 celebró su sesión inaugural del nuevo año académico, la Real Academia gaditana de Ciencias y Letras.

El acto tuvo lugar en el salón del Museo de la Academia de Bellas Artes, y á pesar de lo lluvioso del día era bastante numerosa la concurrencia.

Presidió el Sr. Gobernador de la provincia, teniendo á su derecha al Sr. Gobernador militar y á su izquierda al señor Chantre D. Estéban Moreno Labrador, presidente de la Academia.

El Sr. Alvarez Espino, secretario de ella, leyó una bien escrita Memoria dando noticia de las tareas de este cuerpo científico-literario en el año que acaba de terminar.

Tuvo lugar en seguida la recepción del nuevo académico D. Nicolás Fernandez Cuarteroni. Este leyó su discurso, en el cual expuso, á grandes rasgos, y con mucha erudición, la historia de las asociaciones científicas y literarias desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, así en España como en las naciones más cultas del mundo, fijándose principalmente en los hechos que más relación tienen con los adelantos de las ciencias médicas, objeto preferente de los estudios del Sr. Cuarteroni.

Leyóse luego la contestación del Académico D. José Zurita y Goenaga. Su discurso muy bello y muy bien pensado, enlazaba el tema desenvuelto por el Sr. Cuarteroni con el de la compatibilidad de las ciencias y la literatura, asunto que trató el Sr. Zurita con lucidez y acierto.

El Sr. Presidente de la Academia leyó igualmente un profundo y concienzudo discurso, en el cual, descartando toda cuestión religiosa propiamente dicha, sostuvo, sin embargo, en su doble cualidad de sacerdote y de docto teólogo, la doctrina de que toda ciencia verdadera tiene su fundamento en Dios.

Cerró el acto el Sr. Gobernador de la provincia pronunciando un elocuente discurso que cautivó agradablemente la atención de su auditorio, por la galanura de las formas, la belleza de las ideas, la corrección del lenguaje y la entonación irreproachable del orador.

Este discurso fué calurosamente aplaudido por el público, como lo habían sido antes la Memoria del Sr. Alvarez Espino y los discursos de los Sres Cuarteroni, Zurita y Moreno Labrador.

El Sr. Gobernador declaró inaugurado el año académico y se levantó la sesión, que fué digna seguramente del buen nombre de la Academia y de la cultura de nuestro pueblo.

Hemos recibido una importante obra que acaba de publicar en Madrid la acreditada BIBLIOTECA PERROJO, *La Ciencia experimental*, del célebre Claudio Bernard, autor del cual no tenemos en castellano obra alguna. Comprende ésta, que está elegantemente traducida por D. Antonio Espina, los estudios siguientes, que resumen lo más importante de sus trabajos:

Progreso de las ciencias fisiológicas.—Problemas de la fisiología general.—La vida, las teorías antiguas y la ciencia moderna.—El calor animal.—La sensibilidad.—El curare.—El corazón.—El cerebro.—Discurso de recepción en la Academia Francesa.

Se vende en Madrid, Pizarro, 15, á 14 rs.

Agradecemos el envío.

En este número publicamos un precioso romance debido á la pluma de un distinguido español que oculta su nombre con el pseudónimo de Hadji Tcheleby, el cual ha tenido la bondad de aceptar el cargo de nuestro corresponsal en Oriente, prometiéndonos interesantes y curiosas correspondencias, que creemos han de agradar á nuestros lectores.

Reciba la expresión de nuestra gratitud.

Al *hombre anfibio*, capitán Swan, se le han muerto en Cádiz los dos caimanes que le acompañaban en su baño nocturno en el *aquarium*. Parodiando una frase de Cristina de Suecia, podríamos decir que los animales *han hecho bien en morirse*, pues seguramente que la vida teatral, y el baño, y las luces, y los ejercicios de natación á que le obligaban, no serían muy de su gusto.

Dá pena ver que en pleno siglo diez y nueve, cuando tantos caminos abren á la inteligencia del hombre las ciencias, las artes, la industria, el comercio, etc., etc., éste busque como un medio lucrativo la exhibición de monstruos repugnantes, que Dios puso lejos de la vista del hombre, y se exponga á un peligro inútil, sin resultados para la sociedad, que le ve con indiferencia, y acaso con disgusto. Si se ha decidido por los imitadores de la *Reina del agua*, como modestamente se llamaba Mis Lurline, que el *aquarium* forma parte de la *mise en scene*, de los teatros, por lo ménos, supliquémosles, que se contenten con el agua, la inocente pizarra y la inofensiva fruta, y supriman las alimañas, ó las guarden para exhibirlas en otros sitios: las luces del teatro no les sientan bien, y así lo prueban los caimanes de Mr. Swan, con su prematuro fin.

La Sociedad *Club de Regatas* de Cádiz, celebrará una regata el día 3 del próximo Noviembre, con asistencia de las de Gibraltar y Sevilla. No dudamos que en esta agradable fiesta reinará la mayor animación, como saben imprimirla siempre los galantes socios á sus reuniones. Agradecemos la invitación que se nos ha dirigido.

ANUNCIOS.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados extensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía La Mercantil.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.
Guirnalda de Pensamientos, poesías.
Recuerdos de un ángel, elegías.
Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca. *El testamento de un filósofo*.
Cadenas del corazón. *El odio de una mujer*.
El capricho de un lord. *El secreto de un crimen*.
Sensitiva. *Las almas gemelas*.
La botella azul. *La flor del cementerio*.

EPISODIOS.

¡Dos minutos! *Una historia en el mar.*
Desde Cádiz á la Habana. *Fragmentos de un álbum.*

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

LA HIGIENE DEL HOGAR

POR

EL DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Esta obra es indispensable para que las familias estén al corriente de todos los permementos de la *Higiene*.

No hay detalle que no abarque, con un estilo claro, sencillo, y según los principios más severos de la *Higiene*, sin la cual no es posible que en las casas pueda haber salud y alegría.

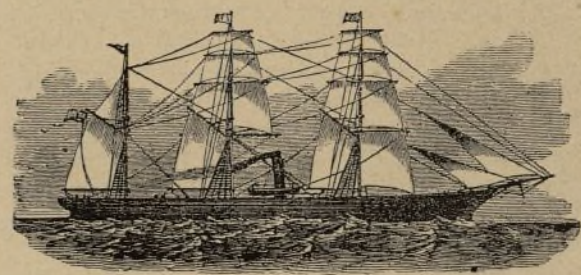
Es obra que puede servir de consulta para todos los casos, desde el más árduo, hasta el que parezca más trivial. Todas las clases hallarán en ella mucho que aprender, para su utilidad y buen gobierno.

Los establecimientos de enseñanza, los talleres, las fábricas, las embarcaciones y todos los centros donde se reúnan muchas personas no perderán nada en adquirir este libro.

Los médicos, cirujanos y farmacéuticos, harán un servicio á las familias, propagándolo y recomendándolo.

Véndese á 2 pesetas en toda España, pidiéndolo, previo pago, á la Administración de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*, Barco 2, Madrid.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES

DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.^a



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

LEON

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Noviembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSE RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.